



CONVERSACIONES INS/URGENTES: hacer lingüística en la realidad contemporánea. Entrevista con Juan Antonio Ennis

Patricio Pérez

FFyH, UNC

c.patricio.perez@mi.unc.edu.ar

Resumen

El *III Encuentro: derechos lingüísticos como derechos humanos en Latinoamérica. CONVERSACIONES INS/URGENTES* tuvo lugar los días 21, 22 y 23 de mayo de 2024, en la Facultad de Filosofía de Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Este encuentro “plantea la relación entre los derechos lingüísticos y los derechos humanos, entre el derecho a la palabra y el derecho a la vida digna, el derecho al discurso y el pensamiento propios, el derecho al decir y al hacer” (Facultad de Filosofía y Humanidades, 2024). En dicho marco, nuestro objetivo fue dialogar con diversos representantes del área sobre el rol de lx lingüista, y sobre qué significa “hacer lingüística” en el contexto sociopolítico actual. Para eso, realizamos una serie de entrevistas semiestructuradas a partir de cinco preguntas base. Esta actividad colectiva fue llevada a cabo durante el Encuentro y desarrollada de manera presencial por lxs diferentes integrantes del proyecto de investigación FORMAR La Conformación del Corpus como Problema y como Proceso en Estudios de Caso sobre Diversidad y Variación Lingüística (SECyT 2023).

Palabras clave: derechos lingüísticos, derechos humanos, sociolingüística, lenguas minorizadas.

Abstract

The *III International Encounter: derechos lingüísticos como derechos humanos en Latinoamérica. CONVERSACIONES INS/URGENTES* took place on May 21, 22, and 23, 2024, at the Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC). This Encounter “discusses the relationship between linguistic rights and human rights, between the right to speak and the right to a dignified life, the right to one's own speech and thought, the right to say and to do” (Facultad de Filosofía y Humanidades, 2024). Within this framework, our objective was to establish a dialogue with various representatives of the field of Linguistics, the role of the linguist as a professional, and on what it means to “do Linguistics” in the current socio-political context. We conducted a series of semi-structured interviews based on five basic questions. This collective activity was carried out during the Encounter by the different members of the FORMAR research project “La conformación del corpus como problema y como proceso en estudios de caso sobre diversidad y variación lingüística” (SECyT 2023).

Keywords: linguistic rights, human rights, sociolinguistics, minoritized languages.

CONVERSACIONES INS/URGENTES: hacer lingüística en la realidad contemporánea. Entrevista con Juan Antonio Ennis

Introducción

Juan Antonio Ennis es profesor en Letras por la FaHCE-UNLP (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata) (2001) y doctor en Filosofía con mención en Filología Románica por la Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg (2006). Es profesor de la cátedra de Filología Hispánica en la UNLP e investigador de CONICET, y actualmente es director del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-CONICET/UNLP). Sus áreas de especialidad conciernen sobre todo a la historia de los discursos legos y especializados sobre la lengua entre Europa y América a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX. Ha dirigido diversos proyectos de investigación y tesis en estas áreas. Además de su trabajo de investigación, es traductor de textos relacionados con su área de estudio, particularmente de la lingüística alemana del siglo XIX y comienzos del XX, así como también de otras formas del ensayo en crítica literaria, teoría y lingüística.

—La primera pregunta es: ¿cómo relacionás el desarrollo de las nuevas derechas a nivel global y la situación sociolingüística en lenguas minorizadas? Y si podrías relacionar estos procesos con el desprestigio de la ciencia en Argentina.

—Ya más o menos en la pregunta está el problema planteado —que, en sí, da para un par de proyectos de investigación—, pero sin duda sí hay una relación ahí. Tanto nuestro campo de estudio como nuestro objeto son resultados de procesos históricos de distinta temporalidad, pero que, en el largo plazo, en la larga duración, son de aquellos

con los que dialogan estas nuevas derechas o que de algún modo los interpelan o se dejan interpelar.

—En ese sentido, esto que la glotopolítica llama la cultura monoglósica (hoy se hablaba de Derrida y la homo-hegemonía monoculturalista, que es parte del proyecto de la modernidad occidental, que es parte del modo en que nosotros habitamos la lengua, del modo en que invisibilizamos esas diversidades, esas alteridades, y que después tratamos de recuperar desde esos mismos modelos), en estas vueltas violentas, desembozadas de la cara más violenta de ese proyecto de la modernidad, por supuesto que la tienen en sus planes. Se empezó con señales en ese sentido, con lo que para buena parte de la sociedad queda casi en lo anecdótico, como es la cuestión del lenguaje inclusivo, pero a mí no podía evitar recordarme la famosa, remanida frase del poeta Heinrich Heine, que dice: “Los que empiezan quemando libros, terminan quemando personas”. Y bueno, acá los que empiezan prohibiendo todo lo que supone para nosotros, no para ellos, lo que supone para nosotros el lenguaje inclusivo, ya empezaron a quemar gente.

—Me parece que eso no podemos dejar de verlo, más allá de que en esa cuestión siempre está el temor de estar exagerando, porque hay gente muerta de por medio. Hay tres lesbianas muertas.

—Me acuerdo del vocero diciendo: estamos en contra de toda forma de violencia. Y sí, pero no, hay violencias que son específicas.

—Entonces, no sé si son derechas que, en este caso y en este contexto, tengan un proyecto de política lingüística de manera deliberada, del mismo modo que no tienen un proyecto científico, de manera deliberada, pero sí saben lo que quieren destruir. Y así como el apuntar de la política al lenguaje inclusivo como símbolo tiene que ver con una política hacia las diversidades de género, de elección de vida, las políticas hacia las minorías étnicas en nuestro país van a repercutir también en el desfinanciamiento de todo programa que tenga que ver con alguna forma de trabajar en proyectos de revitalización lingüística y demás. La lengua siempre es parte del paquete, a veces de una forma más manifiesta, a veces de una forma menos manifiesta. Y en ese programa,

así como nuestras disciplinas constituyeron la matriz del establecimiento como disciplina científica de las humanidades, las ciencias sociales en general, o en sus distintas versiones, en el XIX, el piloto de eso, de esa articulación entre proyectos científicos y proyectos políticos (el consabido lugar de las filologías modernas en los proyectos de los Estados-nación del XIX y de la expansión imperial occidental), del mismo modo el ataque a esas zonas sensibles en cuanto al sistema científico, concentrado en las humanidades, concentrado en las humanidades en general, cuando se empieza a afinar el ataque, termina llegando más a estas zonas. Bueno, en el momento en que se empezaron a censurar *papers*, que es el primer paso, el criterio fue lingüístico. Fue lingüístico en el sentido más naíf, si se quiere, de la violencia fascista.

—**Lo que era la Cuba Electrolítica.**

—Exacto, esa idea. Estos tuvieron su Cuba Electrolítica con un nivel aún peor. Cuando se vio la lista de cosas que estaban borrando, cuando se bajaron de la página de CONICET los artículos, estaba, desde luego, todo el trabajo de Facundo Saxe, que es investigador de nuestro Instituto, pero también todo el que dijera «culo» en algún lado, con ese nivel de mojigatería, pero que pasa por un criterio de lo que [Lars] Andersson y [Peter] Trudgill han llamado el *bad language*, es decir, quién dijo una mala palabra. Pero bueno, con ese criterio de censura que siempre tuvo que ver con eso.

—**En contraposición con lo anterior, ¿cómo ves el desarrollo de diferentes espacios y encuentros regionales o nacionales en el campo de estudios del lenguaje en sociedad en la última década?**

—Hay mucho. Yo creo que ahí tenemos un diagnóstico general positivo. Que este Encuentro haya nacido como contra-congreso del Congreso Internacional de la Lengua Española tiene que ver también con desarrollos previos, con el desarrollo de la glotopolítica y toda su zona de influencia o de diálogo, que es un campo que sí, que yo diría que no es que no existiera nada, pero que como campo surgió, se fortaleció en los últimos 20 años, con trabajos modélicos como los de Elvira [Narvaja de Arnoux], con capacidad de escuela, pero no solo con ella, sino que se lograron ir conectando cosas que antes existían de manera más lateral... y un poco en la lógica tradicional de la

lingüística interna y la lingüística externa. Hubo un fortalecimiento desde la línea del análisis del discurso, pero también desde otras líneas afines de trabajos críticos sobre la relación entre lenguaje y sociedad, que dieron lugar a una serie de espacios que se han ido multiplicando, creo que el espacio de glotopolítica con sus Congresos Internacionales es uno, que este es otro... que hay distintos equipos en el interior que trabajan, por ejemplo, con lenguas indígenas o con el archivo de lenguas indígenas que han armado algo muy potente por ese lado, y me estoy olvidando de gente, no quería mencionar eso en particular. Yo tengo al menos una percepción de un campo más activo, de que somos muchos y tenemos oportunidad de juntarnos con cierta frecuencia, que se ha armado un circuito interesante, con capacidad de desarrollo, de masa crítica, que se ha visto acompañado. Creo que tuvo una simbiosis virtuosa con lo que fue el desarrollo en los últimos 20 años también del sistema científico, sobre todo con el volumen de inversión que hubo, el salto de calidad que hubo para CONICET y para las universidades nacionales. Aquello que está en crisis en este momento, justamente tiene que ver con algo que no se daba por sentado antes de esos 20 años y es que fueron creciendo nuestras áreas, fueron creciendo las ciencias sociales, fueron creciendo nuestras áreas de Letras en general y, específicamente, dentro del área lingüística, los enfoques que tienen diversas formas de poner a dialogar críticamente el lenguaje y sociedad.

—En ese punto, creo que la maquinaria que estamos tratando de defender, en la que ya los que nos formamos cuando esto empezaba a armarse, algunos afuera, otros adentro, venimos trabajando con la gente que está haciendo sus doctorados y que va a insertarse en un sistema del que se estaban viendo los frutos. Creo que ahora llegará el momento de defenderlo un poco y creo que insistir —que es un problema, porque es costoso para organizadores y participantes, porque con el volumen de estrés que te van generando las situaciones de crisis y de lesiones, hay que ganarse esos días para salir y permanecer— son las cosas que nos mantienen vivos, nos mantienen con esa inyección, no solo de lo que formalmente uno dice que hace el Congreso, intercambiar conocimientos, generar, de poner a prueba hipótesis, sino también que la parte de la sociabilidad entre miembros de una comunidad profesional es muy importante. Y me

parece que eso sí en los últimos 20 años se ha formado, y que vaya teniendo un aspecto más federal también es importante. Y eso me parece que, de a poco, con todo lo que nos cuesta en el país, porque es así, la cabeza de Goliat, así y todo, me parece que incluso eso que programáticamente se buscaba de federalización del sistema, en nuestra área, con sus limitaciones, también tiene algunos signos positivos. Pero bueno, vamos a ver cómo se sigue.

—Con respecto de tu lugar de trabajo, ¿qué sentidos, intervenciones y articulaciones se ponen en juego como propuestas institucionales en relación con las políticas lingüísticas?

Bueno, siempre hay un juego entre lo que uno puede relevar de lo que se tiene hecho y siempre la deuda es más grande, lo que se está por hacer. En mi lugar de trabajo, específicamente, ha habido, por un lado, políticas institucionales muy interesantes, bastante pioneras, hasta donde yo entiendo. Hace mucho tiempo que, especialmente la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, creo que fue la primera en tener su propio instrumento normativo con respecto al lenguaje inclusivo en los textos académicos, que básicamente era decir: nadie se puede meter a impugnar las decisiones con respecto al género del lenguaje, como se dio muchos espacios. Un instrumento para que nadie pudiera objetar en un trabajo de tesis, en una monografía o en un artículo, que alguien usara una X, una E o una arroba. Es decir, que eso tenía un respaldo de la Facultad. Y eso de manera muy temprana, no recuerdo ahora en qué año fue, pero fue una señal bastante temprana. Y si bien no ha sido históricamente un centro de trabajo, por ejemplo, con mucho trabajo con lenguas indígenas, sí, el Centro de Estudios e Investigaciones Lingüísticas (CEIL) ha tenido un trabajo en mucho tiempo muy interesante con las situaciones de contacto en espacios escolares en la periferia de La Plata y eso ha repercutido también en cierta visibilidad en el nivel de políticas lingüísticas en ámbitos educativos en ese sentido. Y lo mismo, supieron trabajar con los grupos migrantes de origen sobre todo senegalés, que están en todas las ciudades de Argentina con distintos orígenes. Era un grupo de gente que trabajaba con

Angelita Martínez, que empezó a trabajar en esa experiencia. Es muy interesante, después tuvieron algunas dificultades para prosperar, pero siguen insistiendo.

—Digamos que, de nuevo, la política lingüística siempre es un gesto político, es una intervención en la comunidad, en el campo. Por eso se destacan esas acciones. El equipo de Angelita Martínez, que han salido del trabajo con las comunidades del centro urbano de La Plata, era un buen ejemplo de cómo conjugar la producción de conocimiento con el vínculo con la comunidad y a eso traducirlo en, si se quiere, una micropolítica lingüística, porque quizás no llega a tener una repercusión estatal, pero sí genera una visibilidad para problemáticas y produce insumos para atenderlas en el lugar de especialista.

—Pero en ese sentido, sí, siempre hay mucho por hacer en cuanto a trabajo con políticas lingüísticas. Yo creo que ahí se ha marcado algún camino, pero luego tenés que hacer un poco ese tiempo en las áreas de especialidades y generar, que es algo que nos toca, que es una demanda que tenemos históricamente, porque siempre nos ha contado dentro de las humanidades, por razones que tienen que ver con nuestra propia formación, pero también que tienen que ver con la infraestructura disponible, que es la articulación con el medio donde vivimos, con los municipios, por ejemplo. Pero alguna línea siempre se va empezando a armar con eso. Siempre hay espacio para ganar en cuanto a la posibilidad de trabajar desde nuestro lugar de especialistas en el amplio rango de lo que vamos a llamar políticas lingüísticas, porque la política lingüística en sí es todo un problema.

—En cuanto al rol de lingüista, y específicamente de acuerdo con tu campo de interés, ¿cómo describirías el lugar que ocupa este quehacer científico en la sociedad y en la comunidad en general?

—Un lugar difícil. Bueno, mi campo de interés tiene que ver sobre todo con el archivo. Después de mucha búsqueda epistemológica, creo que he decidido quedarme con el nombre que le dio José del Valle a uno de sus libros más importantes: una historia política de la lengua, la posibilidad de una historia política de la lengua. Lo que prefiero decir que hago en este momento tiene que ver sobre todo con un tipo de trabajo de

archivo, que en cierto punto tiene un nivel de especialización que le dificulta la comunicación, la visibilidad directa en sociedad. Es decir, no es una vacuna.

—Esto es algo que está muy en la discusión hoy en día en cuanto a la función, el valor de las humanidades, donde incluso si se piensa, a la distancia, en qué momento ese conocimiento de las humanidades que podía ser siempre de alguna forma esotérico en cuanto implicaba una dificultad en cuanto a su acceso, en cuanto a lo que le costó convertirse en un conocimiento científico sobre las cosas más comunes del mundo, empezó a ser un problema.

—Yo creo que hay muchos roles posibles para un lingüista. Uno de ellos, que me resisto a desestimar, es la producción de conocimiento, la producción de una forma de un conocimiento crítico, que por supuesto, de alguna forma el poder no lo quiere, que necesita en muchas ocasiones una forma de conocimiento de archivo, de la variación, del campo de la diversidad lingüística, que requiere mucha formación, mucho entrenamiento, como se dice con el anglicismo ahora. Esta idea de que uno es entrenado en una especialidad. Y eso es un entrenamiento que demanda mucho tiempo, demanda muchos recursos en la formación de una persona. Y en el transcurso de esa formación nos ha pasado también que la valoración social de eso se ha ido modificando. Sabemos al mismo tiempo que esta cuestión de la valoración social se ha vuelto también más volátil, más inestable. Pero me parece que en ese sentido nos toca defender el lugar de las humanidades como forma de conocimiento científico, como espacio de producción de un saber que incluso en sus formas más distantes de la comunicación cotidiana, no dejan de ser necesarias para una construcción más amplia. Sin el trabajo de archivo que trae el pensar, justamente, que la lengua no es una, que es incontable, que se puede pensar, como dice del Valle, como un artefacto político que se construye discursivamente y que esa construcción discursiva depende mucho de ese trabajo que justamente nos ocupamos de leer críticamente; que no se trata solamente de legislar, de prohibir o admitir, sino también de observar, entender las prácticas cotidianas, de trabajar en función de lo que ahora llaman la convivialidad.

—[Raymond] Williams decía esto: “una definición de la lengua es una definición de los seres humanos en el mundo”. Un lingüista trabaja con lo que comparten todos los seres humanos. Y un poco todas las formas de producción de conocimiento sobre algo tan importante como la lengua son en sí importantes. Esa es la convicción que en algún momento del camino se ha empezado a poner en duda o se ha perdido. Yo no la perdí. Me parece que es importante que alguien estudie algo tan importante, tan compartido, como el lenguaje (perdón por el singular). Pero al mismo tiempo hay muchos roles posibles. Justamente, es una disciplina con tantas especialidades y con tantas formas de vincularse con las prácticas cotidianas, que ya sería objeto de otra discusión. Uno posible sí tiene que ver justamente con llegar al ideal de poder tener, en los distintos ámbitos de conocimiento, políticas públicas que tengan un momento de asesoramiento especializado, que tengan un momento de intervención de alguien que realmente sepa de lo que se está hablando.

—Pero bueno, siempre para eso nos va faltando. Como horizonte, no deja de ser una idea.

—Esta búsqueda que decías de un marco epistemológico para tu trabajo, ¿cuánto esfuerzo, cuánto tiempo pensás que conllevó? Si pudieras decirme, por ejemplo, al trazar tu vida, tanto tiempo para un marco y tanto tiempo para efectivamente aplicar ese marco.

—En realidad, es casi una decisión y un riesgo profesional. Yo soy una persona muy interesada en la literatura, sobre todo, y no pensaba que me fuera a dedicar a la lingüística hasta que conseguí trabajo en una cátedra de lingüística en Alemania. Y yo lo que quería, además, era estudiar en el ámbito en el que me había formado y tenía la apertura para eso. Por eso la lectura meta. Siempre me interesó leer la lingüística como texto producido, como género, prácticamente. Es decir, cómo se entramaba ese conocimiento, en función de qué.

—Claro, porque tu mirada parece un poco distinta, u oblicua, si se quiere, respecto de textos más “canónicos” de la glotopolítica, como los de Elvira [Narvaja de Arnoux].

—Sí, es otro recorrido. Si bien Elvira es indispensable para ese tipo de lecturas, no comencé con un ordenamiento disciplinar sino con una lectura más, como decís vos,

oblicua, que me parece que se complementa bien. Nos entendemos bien, hablamos mucho. Pero en ese sentido, el problema del marco teórico, en esos casos, es decir, hay insumos teóricos que sirven para atacar determinados problemas y muchas veces exceden los límites de un marco preestablecido. Me parece que, en ese sentido, el proyecto de la glotopolítica, como lo plantearon Elvira [Narvaja de Arnoux] y José [del Valle], tuvo esa virtud, porque más que disponer un marco férreo, con cierta discreción, expuso un espacio con una serie de premisas claras, de miradas compartidas, de problemas en común, pero sobre todo un espacio de discusión, intercambio. La glotopolítica funcionó como corriente en ese sentido. Es decir, muchas cosas que venían de otro lado y que supo interpretar e interpelar.

—Por eso, la historia política de la lengua es un punto de llegada en ese sentido y reúne una serie de definiciones que pueden empezar a funcionar como un marco bastante generoso. Bastante generoso no quiere decir lábil o débil, sino justamente que ya ha asumido la amplitud de la diversidad de nuestros campos de trabajo y que podemos atacar el mismo problema con distintas herramientas sin tener que renovar cada vez la primera página del artículo. Podemos empezar a trabajar con algunos supuestos. Y, sobre todo, eso tiene mucho que ver con nuestras epistemologías de la periferia. El marco siempre fue el otro, el marco siempre fue el aval de los centros de producción de conocimiento legítimo. Y en algún momento nos ha tocado aprender que dentro de ese lenguaje trabajamos, pero que también no tenemos que comprar siempre los paquetes completos. Podemos trabajar con los insumos e ir trayéndolos en la medida en que nos ayuden a resolver esos problemas que queremos ver en ese momento, que podemos conciliarnos con determinados marcos sin tener que meternos a fondo en ellos, sino justamente dialogar e ir negociando.

—En cuanto a la relación entre derechos humanos y derechos lingüísticos, ¿qué lugar crees que ocupa este Encuentro de Derechos Lingüísticos como Derechos Humanos en el campo de la lingüística, la sociedad, la política y la educación?

—La verdad que, por más que no pude asistir completo al Encuentro, estoy muy contento de haber podido venir, porque es una idea y una acción que celebro. En primer

lugar, por el Contracongreso inicial que me parecía brillante. En segundo lugar, porque conozco a algunas de las organizadoras y admiro mucho su trabajo y me alegró mucho que tuvieran este tipo de iniciativas. Me parece que es un evento necesario, justamente por eso que pude ver en las mesas, pero también en la parte de la socialización. El esfuerzo que hay por pensar, incluso, las prácticas de otro modo, por salir del formato del congreso habitual, por pensar las mesas como conversaciones... en las pocas en las que he podido estar vi un éxito en eso, vi realmente una conversación, no «una ponencia y me voy», sino realmente un espacio de conversación amplio. Que conlleva un riesgo, porque nos cuesta hablar con gente que hace cosas muy distintas de las que hacemos nosotros, pero yo lo vi funcionar en muchos casos.

—Me parece que integra muy bien el espacio académico, las prácticas académicas, con otras prácticas de la vida y la cultura que implican una relación política, problemática, crítica con el lenguaje, que nos revelan cómo las prácticas lingüísticas tienen que ver con todas las demás prácticas de una manera muy productiva, que logra expresar eso como un congreso más tradicionalmente disciplinar no lo lograría. Yo logré comprobar esto (que ya me habían contado), yo lo vi funcionando. Así que espero que siga así y que lo puedan seguir manteniendo, porque también sé que es un trabajo mantener estas tradiciones, que es un trabajo volver a organizar, que van pasando otras cosas. Así que, en ese sentido, me parece que para mi campo de estudios y de intereses, si no se convirtió, se va a ir convirtiendo ya en una referencia. Y en una suerte de desafío de ir incorporando este tipo de formas de sociabilidad científica y de intercambio que practiquen la pluralidad y la diversidad de la que hablábamos. Eso me parece que está bien pensado y que funciona. Al menos desde la pequeña parte que me tocó vivir hasta ahora, he comprobado lo que había visto de lejos, así que no puedo menos que felicitarlos por eso. Y me pone muy contento, finalmente, poder participar. Y además porque el mismo marco que propone, el mismo título, es un desafío en sí.

—**Respecto a los derechos lingüísticos como derechos humanos...**

—Sí. Porque, bueno, no es un terreno en el que yo sea un especialista y hay muchos especialistas que son los que pueden hablar. Estuve sentándome a pensar un

poco en el panel de cierre que tenemos por delante y que voy a coordinar, en la presentación y en la pequeña parte que me toca, en la parte más de archivo, de historia y demás, me parece que es una hendiadis muy productiva porque implica no solamente clasificar la demanda política de situar los derechos lingüísticos entre los derechos humanos con todo lo que eso implica como reclamo político, sino también pensar la relación de las prácticas lingüísticas con el lugar del derecho, de la ley, de la vida, en un ámbito como el nuestro, donde la implantación de la legalidad en la que vivimos, vino de la mano con la implantación del modo que tenemos de concebir y de vivir la lengua. Cultura monoglósica, en muchos casos. Me he dedicado mucho a estudiar a Andrés Bello, que es el tipo que escribe el Código Civil y la Gramática, no solo para Chile, la Gramática de por sí es un evento transcontinental y el Código Civil lo termina siendo, porque se lo copian en muchos países. El Código Civil de ellos es el Código Civil modélico de muchos estados americanos. Más allá de que uno lo pueda deconstruir, lo pueda leer muy críticamente, la capacidad técnica, intelectual, el nivel de erudición, es irrepetible. Justamente tener ese perfil de la Gramática, del Código Civil, de Miguel Antonio Caro. La Gramática y la Constitución, que le dura 100 años... y él es un gramático de profesión. Entonces, el marco legal de nuestra vida, el fundamento, el derecho en la discusión en la que estamos ahora, como si no hubiéramos sido otra cosa que liberales durante los últimos 150 años... el derecho de propiedad que funda toda nuestra estructura jurídica tiene mucho que ver con el modo en que concebimos la lengua, el modo en que habitamos y nos relacionamos con ellas.

—Hay una relación de propiedad con la lengua también, en esa objetivación. Pero eso es un problema ya más largo, pero me parece que hay un problema teórico, histórico, de fondo, que plantea la dupla de derechos lingüísticos y derechos humanos, con la historicidad dispar de ambos conceptos, que más allá de la cuestión más o menos erudita, tiene mucho potencial para las discusiones que se nos vienen encima, que ya nos están pasando por encima, que las tenemos que dar y que por eso es el momento en el que tenemos que poner en evidencia eso que somos.

—Es muy difícil. Cuando salen los argumentos que circulan, nos toca decir “no, esto no es así”. Y nosotros nos entrenamos para explicar que no es así. Hay que salir a dar esa discusión y hay que lograr ser escuchado. Pero eso es lo más difícil de todo. En eso estamos todos y cada uno, todas y cada una, y todes y cada une. Y por eso está bueno juntarse. Por eso está bueno que esto pase.

Recibido: 28/06/24

Aceptado: 10/10/24